

FAUSTINA.—Eres discreto. Si quisiera usar tu nombre en un gran negocio...

MAGIS.—¿Contrabando?

FAUSTINA.—¿Qué te importa? ¿Qué garantía me darás de tu completa sumisión?

MAGIS.—Lo que haya de ganar.

FAUSTINA.—*(Aparte)*. ¡Que hermoso perro de presa! *(Alto)*. Pues bien, venid y conoceréis un secreto. Es cosa de jugarse la vida, porque os voy á dar á un grande hombre para que lo devoréis.

MAGIS.—Mi humilde comercio se alimenta de grandes pasiones. Mujer hermosa, gran interés.

TELÓN



ACTO TERCERO

El teatro representa el interior de una cuadra. En el techo, heno. En las paredes, ruedas, tubos, espigones, una gran chimenea de cobre, una gran caldera. A la izquierda, un poste con una madona esculpida. A la derecha, una mesa sobre la que se ven papeles, é instrumentos de matemáticas. En la pared, sobre la mesa, un cuadro negro con figuras. Sobre la mesa una lámpara. Al lado del cuadro, una tabla, sobre la cual hay cebollas, un cántaro y pan. A la derecha, una gran puerta de cuadra, y, á la izquierda, otra que da al campo. Al lado de la virgen una cama de paja. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

FONTANARES, QUÍNOLA

(Fontanares con bata negra, sujeta con un cinturón de cuero, trabaja junto á la mesa. Quínola examina las piezas de la máquina.)

QUÍNOLA.—Pero, si yo también he amado, señor. Sólo que cuando conocí bien á las mujeres las mandé á paseo. Las copas y la buena mesa no engañan nunca y nos engordan. *(Mira á su amo)*. Bueno. No me oye. Hay que forjar estas tres piezas. *(Abre la puerta)* Eh! Monipodio!

ESCENA II

Dichos, MONIPODIO.

QUÍNOLA.—Hemos recibido las tres últimas piezas. Llévate los modelos, y haz, como siempre, dos pares para el caso de una desgracia (*Monipodio hace señas junto á los bastidores. Aparecen dos hombres.*)

MONIPODIO.—Muchachos, marchaos sin hacer ruido, desvaneceros como sombras. ¡Es algo más que un robo! (*A Quínola*) Nos reventamos trabajando.

QUÍNOLA.—¿No han notado nada todavía?

MONIPODIO.—Ni ellos, ni nadie. Cada pieza va bien envuelta, como una joya, y la colocamos en un sótano. Pero se necesitan treinta escudos.

QUÍNOLA.—Oh! Dios mío!

MONIPODIO.—Treinta tunantes como esos, comen y beben por sesenta.

QUÍNOLA.—La casa Quínola y Compañía ha quebrado y me persiguen como perros.

MONIPODIO.—¿Protestos?

QUÍNOLA.—¡No seas animal! Echarnos mano. Pero he ido ya á casa de un ropavejero y he cogido dos ó tres trajes viejos; de modo, que desafío á los mas finos sabuesos á que den con Quínola hasta que haya pagado.

MONIPODIO.—¿Pagar? ¡Qué estupidez!

QUÍNOLA.—Sí. Reservo un tesoro para los casos de apuro. Vuelve á ponerte el hábito de hermano mendicante, y ve á casa de Louthundiaz á parlamentar con la dueña.

MONIPODIO.—Ay! Tantas veces ha vuelto ya Lopez de Argel que la infeliz se va á escamar.

QUÍNOLA.—Bah! Se trata sólo de entregar esta

carta á la señorita María. (*Le da una carta*) Es una obra maestra de elocuencia, inspirada por lo que inspira todas las obras maestras. Ya ves, desde hace diez días estamos á pan y agua.

MONIPODIO.—¿Y nosotros? ¿Crees que comemos faisanes? Si lo pensaran bien, ya se hubieran largado todos esos trabajadores.

QUÍNOLA.—Que el amor se digne pagar esa letra y aun saldremos del atolladero. (*Sale Monipodio*).

ESCENA III

QUÍNOLA, FONTANARES

QUÍNOLA.—(*Frotando el pan con una cebolla*)² Dicen que con esto se alimentaban los trabajadores de las pirámides de Egipto; pero debían de tener también lo que aquí nos sostiene: la fe... (*Bebe agua*) ¿Conque no tenéis hambre, señor? Cuidado que no se descomponga la máquina.

FONTANARES.—Busco la última solución...

QUÍNOLA.—(*Al poner en su sitio el cántaro se le rasga la manga*) Pues yo encuentro una... de continuidad en mi manga. Lo cierto es que, en este oficio, mis ropitas se hacen demasiado algebráicas.

FONTANARES.—¡Buen chico! Siempre alegre, hasta en la misma desventura.

QUÍNOLA.—¡Caracoles! señor, la fortuna se pirra tanto por la gente alegre como la gente alegre por la fortuna.

ESCENA IV

Dichos, MATEO MAGIS

QUÍNOLA.—Ah! el lombardo! Mira todas las piezas como si ya fueran suyas.

MAGIS.—Vuestro humilde servidor, señor Fontanares.

QUÍNOLA.—Siempre como el mármol, galante, seco y frío.

FONTANARES.—Salud, señor Magis (*Corta pan.*)

MAGIS.—Sois un hombre sublime, y, por mi parte os deseo todos los bienes de la tierra.

FONTANARES.—¿Y para dármelos venis á hacerme toda clase de males?

MAGIS.—Sois demasiado duro, y eso no está bien. Ignoráis que hay en mí dos clases de hombres.

FONTANARES.—Pues yo no he visto jamás el otro.

MAGIS.—Fuera de los negocios, también tengo corazón.

QUÍNOLA.—¿Y cuando no andáis metido en negocios?

MAGIS.—Os admiro á los dos en la lucha.

FONTANARES.—En el hombre, lo primero que se gasta es la admiración. Además, nunca prestáis sobre los sentimientos.

MAGIS.—Hay sentimientos que producen y sentimientos que arruinan. La fe os alienta, eso es muy hermoso, pero conduce á la miseria. Hace seis meses hicimos una operacioncilla y me pedisteis tres mil zequíes para vuestro experimento...

QUÍNOLA.—Pero á condición de entregaros cinco mil.

FONTANARES.—Bien ¿y qué?

MAGIS.—El plazo ha vencido hace dos meses.

FONTANARES.—Y nos hicisteis el requerimiento debido al día siguiente del vencimiento.

MAGIS.—Oh! para que las cosas estuvieran en regla, para cubrir el expediente.

FONTANARES.—¿Pues entonces...?

MAGIS.—No podéis negar que sois mi deudor.

FONTANARES.—¡Ocho meses ya, pasados como un sueño! ¡Y eso cuando apenas empiezo á trabajar en el problema de llevar el agua para que disuelva el vapor! Magis, amigo mío, sed mi protector, concededme algunos días más!

MAGIS.—Todo cuanto queráis.

QUÍNOLA.—¿De veras? Ahora veo al otro hombre (*A Fontanares*) Ese será mi amigo (*A Magis*). Bueno, Magis II, vengan algunos doblones.

FONTANARES.—Ah! respirol!

MAGIS.—Cosa fácil. Hoy no soy ya solamente prestamista: soy, además, copropietario. Por lo tanto, nadie extrañará que quiera sacar partido de mi propiedad.

QUÍNOLA.—Ah! perro judío!

FONTANARES.—¿Y piensas hacerlo así?

MAGIS.—El dinero no conoce la fe.

QUÍNOLA.—Ni la esperanza, ni la caridad. Las monedas no son católicas.

MAGIS.—Al que viene á cobrar una letra no le podemos decir: «¡Esperad! Un hombre de talento está á punto de encontrar una mina de oro en un granero ó en una cuadra.» En seis meses podré doblar mi capitalito. Porque habéis de saber que tengo familia.

FONTANARES.—(*A Quinola*) Y eso tiene mujer.

QUÍNOLA.—Y si tiene cría, se comerán á Cataluña entera.

MAGIS.—Tengo una carga muy pesada.

FONTANARES.—Pues ya véis como vivo yo.

MAGIS.—Ah! señor, si fuera rico, os prestaría... (*Quinola tiende la mano*) para que pudierais vivir mejor.

FONTANARES.—Esperad quince días al menos.

MAGIS.—(*Aparte*) Me parten el corazón. Si fuera cosa mía, me dejaría ablandar; pero

hay que ganar la comisión, la dote de mi hija. *(Alto)* Podéis creer que os aprecio, me sois muy simpáticos.

QUÍNOLA —*(Aparte)* ¡Y pensar que me emparejarían si lo estrangulase!

FONTANARES. — ¿Sois de hierro? Pues yo seré de acero.

MAGIS. — ¿Qué queréis decir?

FONTANARES. — Muy apesar vuestro, estaréis de mi parte.

MAGIS. — De ningún modo. Quiero mis escudos; de lo contrario, haré embargar y vender todo este hierro.

FONTANARES. — Ah! ¿conque me obligáis á combatir la astucia con la astucia? Obraba lealmente... Pues dejaré el camino recto para imitaros. Ya sé que me censurarán, porque todos exigen que seamos perfectos. Aceptaré la calumnia. ¡Aun me queda que apurar este cáliz! Habéis hecho un contrato descabellado; pues todavía tendréis que firmar otro, de lo contrario haré todo esto mil pedazos y guardaré aquí *(Se lleva la mano al corazón)* mi secreto.

MAGIS. — Ah! señor, no hareis eso. Sería un robo, una truhanada impropia de un grande hombre.

FONTANARES. — ¡Invocáis mi honradez para que triunfe una monstruosa injusticia!

MAGIS. — Basta, no quiero mezclarme en este asunto. Ya os entenderéis con don Ramón, persona muy amable á quien cederé todos mis derechos.

FONTANARES. — ¡Don Ramón!

QUÍNOLA. — Ese que os pone frente á frente Barcelona entera.

FONTANARES. — Después de todo, ya he resuelto

mi último problema. La gloria y la fortuna me brindarán al fin sus favores.

QUÍNOLA. — Ay! señor, esas palabras anuncian siempre que hay que hacer de nuevo alguna rueda.

FONTANARES. — Bah! cuestión de cien zequies.

MAGIS. — Todo lo que aquí tenéis, vendido judicialmente, no los daría después de pagar los gastos.

QUÍNOLA. — ¿Comida de cuervos, te largarás?

MAGIS. — Cuidado con don Ramón, porque hipotecará sin escrúpulos su crédito sobre vuestra cabeza. *(Se acerca á Quínola)* Cuanto á ti, fruta de horca, si caes en mis garras me vengaré. *(A Fontanares)* Adios, hombre de genio.

ESCENA V

FONTANARES, QUÍNOLA

FONTANARES. — ¡Me hielan sus palabras!

QUÍNOLA. — Y á mí también. Las ideas más hermosas van á caer siempre en las telas de estas arañas.

FONTANARES. — Bah! Cien zequies más y nuestra vida se iluminará llena de amor y de fiestas. *(Bebe agua)*

QUÍNOLA. — Quiero creerlos, señor, pero hay que confesar que la verde esperanza, esa pícara divinidad, nos ha conducido mucho antes al arroyo.

FONTANARES. — ¡Quínola!

QUÍNOLA. — No me quejo. Estoy hecho á la miseria. ¿Pero de dónde sacar cien zequies? Debéis á los obreros, á Carpano el maestro cerrajero, á Coppulus el vendedor de hierro, acero y cobre, á nuestro casero, que si nos ha dejado meter aquí, menos por cari-

dad que por miedo á Monipodio, concluirá por echarnos. Le debemos nueve meses.

FONTANARES.—¡Pero, si todo está ya terminado!

QUÍNOLA.—¡Cien zequíes!

FONTANARES.—¿Tú tan animoso, tan alegre, vienes á cantarme ese *De profundis*?

QUÍNOLA.—Es que para no separarme de vuestro lado será preciso que me marche.

FONTANARES.—¿Y por qué?

QUÍNOLA.—¿Y los alguaciles? Me he entrapado por cien escudos de oro que han tomado ya la forma, la figura y los pies de los corchetes.

FONTANARES.—¿Pues de cuántas desdichas se compone la gloria?

QUÍNOLA.—Vamos, basta de cosas tristes. ¿No me habéis dicho que uno de vuestros abuelos había ido, hace unos cincuenta años, á Méjico con Hernán Cortés? ¿Sabéis algo de él?

FONTANARES.—Absolutamente nada.

QUÍNOLA.—¿Tenéis un abuelo?... Pues llegareis al día del triunfo.

FONTANARES.—¿Quieres perderme?

QUÍNOLA.—¿Quereis verme en la carcel y vuestra máquina mandada á todos los diablos?

FONTANARES.—¡No!

QUÍNOLA.—Pues dejad que haga volver de alguna parte á vuestro abuelo. Será el primero que haya vuelto de las Indias.

ESCENA VI

Dichos, MONIPODIO

QUÍNOLA.—¿Y bien?

MONIPODIO.—La niña tiene ya la carta.

FONTANARES.—¿Quien es ese don Ramón?

MONIPODIO.—Un imbécil.

QUÍNOLA.—¿Envidioso?

MONIPODIO.—Como tres autores silbados. Se las echa de grande hombre.

QUÍNOLA.—¿Y lo creen?

MONIPODIO.—Como un oráculo. Emborriona papel; dice que la nieve es blanca porque cae del cielo, y sostiene, contra Galileo, que la tierra está inmóvil.

QUÍNOLA.—Ya véis, señor, que no hay más remedio que libraros de semejante sabio (*A Monipodio*) Ven conmigo; serás mi criado.

ESCENA VII

FONTANARES, solo

FONTANARES.—¿Qué cerebro, aún forrado de bronce, resistirá tantas cosas: buscar dinero y descifrar los más ocultos misterios de la naturaleza, desconfiar de los nombres, luchar con ellos y entender de negocios, adivinar en el acto lo mejor en todo, á fin de que un don Ramón cualquiera no os robe la gloria, ideando el más insignificante perfeccionamiento? Y hay muchos don Ramón por todas partes. Oh! me avergüenza confesarlo... ¡Me canso!

ESCENA VIII

FONTANARES, ESTEBAN, GIRONA y dos obreros.

ESTEBAN.—¿Podriais decirnos en donde se oculta un tal Fontanares?

FONTANARES.—No se oculta jamás, soy yo. Medita en silencio. (*Aparte*) ¿Donde está Qui-

nola? ¡Tiene tal maña para que se vayan contentos..! (Alto) ¿Qué queréis?

ESTEBAN.—¡Nuestro dinerol Desde hace tres semanas trabajamos por cuenta vuestra. El obrero vive al día.

FONTANARES.—Ay! amigos míos, pues yo no vivo.

ESTEBAN.—Vos sois solo y no hacéis falta á nadie. Pero nosotros tenemos mujer é hijos. En fin, todo lo tenemos aquí comprometido.

FONTANARES.—Tened confianza en mí.

ESTEBAN.—¡Confianza! ¿Acaso se paga al panadero con vuestra confianza?

FONTANARES.—Soy hombre de honor.

GIRONA.—También lo somos nosotros.

ESTEBAN.—Llevad nuestros honores á casa del lombardo y ya veréis lo que da.

GIRONA.—Yo no soy hombre de talento, ¿sabéis? No tengo crédito ninguno.

ESTEBAN.—Sólo soy un mal obrero; pero si mi mujer necesita un puchero tengo que pagarlo. Eso.

FONTANARES.—¿Pero, quien os azuza contra mí?

GIRONA.—¡Azuzarnos! ¿Somos acaso perros?

ESTEBAN.—Los magistrados de Barcelona han sentenciado á favor de los maestros Coppulus y Carpano, y les conceden privilegios sobre vuestro invento. ¿Donde están nuestros privilegios?

GIRONA.—No saldré de aquí sin mi dinero.

FONTANARES.—¿Y encontraréis dinero quedándoos aquí? Por mi parte, quedaos: buenas noches (Toma el sombrero y la capa.)

ESTEBAN.—Ah! no saldréis sinpagarnos. (Movimiento de los obreros para impedirle la salida.)

GIRONA.—Yo he forjado esta pieza. Me la llevo.

FONTANARES.—¡Miserable! (Tira de la Espada)

LOS OBREROS.—No nos moveremos de aquí.

FONTANARES.—(Atacándolos) Oh!... (Se detiene y arroja la espada)

Tal vez los han mandado Sarpi y Avaloros para desesperarme.

Me acusarían por asesinato y tendría cárcel por muchos años. (Se arrodilla ante la virgen.)

Oh! Dios mio! ¿Serán á tus ojos lo mismo el talento y el crimen?

¿Qué he hecho yo para sufrir tantas afrentas, tantos insultos y tantos ultrajes?

¿Será preciso expiar el triunfo por adelantado? (A los obreros)

Todo español es rey en su casa.

ESTEBAN.—Vos no tenéis casa. Estamos aquí en el *Sol de Oro*; muy claro nos lo ha dicho el dueño.

GIRONA.—No habéis pagado el alquiler. No pagáis nada.

FONTANARES.—Quedaos, pu s, mis amos. Me he equivocado: debo.

ESCENA IX

Los mismos, COPPOLUS y CARPANO.

COPPOLUS.—Caballero, vengo para deciros que ayer los magistrados de Barcelona me han concedido privilegio sobre vuestro invento hasta el completo pago de mi crédito, y nada saldrá de aquí hasta entonces. Dicho privilegio se extiende al crédito de mi compañero Carpano, vuestro cerrajero.

FONTANARES.—¿Qué espíritu maligno os ciega de ese modo? Sin mí, esta maquina no es más que hierro, acero, cobre y madera; conmigo es una fortuna.

COPPOLUS.—Oh! no podemos separarnos. (*Los dos mercaderes rodean á Fontanares.*)

FONTANARES.—No hay amigo que os estreche con tanta fuerza como un acreedor. Pues bien, que el diablo se lleve el pensamiento que me inspiró,

TODOS.—¡El diablo!

FONTANARES.—¿Qué he dicho? Cuidado con la lengua. Una palabra puede llevarme á la Inquisición. No, no hay gloria que compense tales sufrimientos.

COPPOLUS.—(*A Carpano.*) ¿Venderemos todo esto?

FONTANARES.—¿Pero, no véis que nada vale esta máquina sin estar concluida? Aun falta una pieza; este es el modelo. (*Coppolus y Carpano se consultan.*) Costará unos doscientos zequís.

ESCENA X

Dichos, QUÍNOLA, disfrazado de anciano, figura grotesca á lo Callot, MONIPODIO, disfrazado á capricho, el MESONERO del *Sol de Oro*.

EL MESONERO.—(*Señalando á Fontanares.*) Hélo ahí, señor.

QUÍNOLA.—¡Y habéis alojado al nieto del Capitán Fontanares en una cuadra! La república de Venecia le dará un palacio. ¡Hijo mío, abrázame! (*Se acerca á Fontanares.*) La serenísima república conoce las promesas que hicisteis al rey de España, y he dejado el arsenal de Venecia que yo dirijo para . . . (*Aparte.*) ¡Soy Quínola!

FONTANARES.—¡Oportuna resurrección!

QUÍNOLA.—¡Cuánta miseria! ¿Y es ésta la antecámara de la gloria?

FONTANARES.—La miseria es el crisol en que prueba Dios nuestras fuerzas.

QUÍNOLA.—¿Qué gente es ésta?

FONTANARES.—Acreedores, obreros que me asedian.

QUÍNOLA.—(*Al mesonero.*) Bribón de casero, ¿está ó no mi nieto en su casa?

MESONERO.—En su casa está, Excelencia.

QUÍNOLA.—Conozco un poco las leyes de Cataluña. Id en busca del corregidor para encerrar á estos pícaros en la cárcel. Enviad, si queréis alguaciles á mi nieto, estáis en vuestro derecho; pero meteos en vuestras casas, ¡canallas! (*Busca en el bolsillo.*) Tomad, bebed á mi salud. (*Les arroja monedas.*) Venid á mi casa para cobrar.

LOS OBREROS.—¡Viva su Excelencia! (*Salen.*)

QUÍNOLA.—(*A Fontanares.*) ¡El último doblón! Un reclamo.

ESCENA XI

Dichos, menos el MESONERO y los obreros.

QUÍNOLA.—(*A los dos negociantes.*) Cuanto á vosotros, amigos, me parecéis de mejor pasta. El dinero nos arreglará.

COPPOLUS.—En ese caso, Excelencia, estaremos á vuestras órdenes.

QUÍNOLA.—Veamos eso, hijo mío, ese famoso invento que ha llenado de ansiedad á la república de Venecia. ¿Dónde está el perfil, la sección? ¿En donde están los planos, la planta?

COPPOLUS.—(*A Carpano.*) Lo entiende, pero debemos informarnos antes de venderle.

QUÍNOLA.—¡Sois un grande hombre, hijo mío! Ya te llegará tu día como á Colón. (*Se arro-*

dilla.) ¡Doy gracias á Dios por el honor inmenso que ha hecho á nuestra familia! (*A los negociantes.*) Dentro de dos horas tendréis vuestro dinero. (*Salen.*)

ESCENA XII

QUINOLA, FONTANARES, MONIPODIO.

FONTANARES —¿Qué resultará de toda esta comedia?

QUINOLA —Rodabais por un abismo. Os he detenido.

MONIPODIO. —¡Bien representado! Pero los venecianos tienen mucho dinero, y para obtener tres meses de crédito será preciso empezar deslumbrando, y eso no es muy fácil que digamos.

QUINOLA —¿No os dije que guardaba un tesoro? Ya viene.

MONIPODIO —¿Solo? (*Quinola hace signos afirmativos.*)

FONTANARES —Me da miedo su audacia.

ESCENA XIII

Dichos, MATEO MAGIS, don RAMÓN.

MAGIS. —Os traigo á don Ramón, sin cuyo parecer no quiero hacer nada.

RAMÓN —(*A Fontanares.*) Caballero, es para mí un honor tratar con un hombre de vuestra ciencia. Entre los dos podemos llevar vuestro invento á su último grado de perfección.

QUINOLA. —¿Conoce el señor la mecánica, la balística, las matemáticas, la dióptrica, catóptrica, estática... ística?

RAMÓN. —He escrito tratados que se aprecian bastante.

QUINOLA. —¿En latín?

RAMÓN —En español.

QUINOLA. —Los verdaderos sabios, caballero, no escriben sino en latín. Es muy peligroso vulgarizar la ciencia ¿Sabéis latín?

RAMÓN. —Si, señor.

QUINOLA. —Pues mejor para vos.

FONTANARES. —Caballero, venero el nombre que os habéis conquistado; pero se corre demasiado peligro con mi empresa para que acepte vuestro concurso. Yo me juego la cabeza, pero no quiero exponer la vuestra que vale mucho más.

RAMÓN. —¿De modo que creéis fácil vuestro triunfo sin don Ramón, gran autoridad en la ciencia.

QUINOLA. —¿Don Ramón? ¿El famoso don Ramón que ha explicado tantos fenómenos, que hasta aquí se habían atrevido á verificarse sin razón?

RAMÓN. —El mismo.

QUINOLA —Yo soy Fontanaresi, director del Arsenal de la república de Venecia, abuelo de nuestro inventor. Hijo mío, podéis fiaros de este caballero. Está tan alto que no es posible que os haga traición. Vamos á decírselo todo.

RAMÓN. —Ah! Voy á conocer el secreto!

FONTANARES —¿Cómo?

QUINOLA —Yo le daré una lección de matemáticas. —No le hará mucho bien, pero tampoco os hará mucho mal. (*A don Ramón.*) Vamos, acercaos. (*Enseña las piezas de la máquina.*) Esto no significa nada. Para los sabios, lo importante...

RAMÓN. —¿Lo importante?

QUINOLA.—Es el problema en sí mismo. ¿Sabéis la causa que hace subir las nubes?

RAMÓN.—Porque son más ligeras que el aire.

QUINOLA.—De ningún modo. Son tan pesadas como el aire, puesto que el agua concluye por caer como una tonta. A mí no me gusta el agua ¿y á vos?

RAMÓN.—Yo la respeto.

QUINOLA.—Perfectamente. Nos entenderemos. Las nubes suben, tanto porque se hallan en forma de vapor, como porque son atraídas por la fuerza del frío que está arriba.

RAMÓN.—Bien podría ser. Haré un tratado sobre eso.

QUINOLA.—Mi nieto formula este hecho por O más O. Y como hay mucha agua en el aire, decimos sencillamente O más O; un nuevo binomio.

RAMÓN.—¿Un nuevo binomio?

QUINOLA.—O, si queréis una X.

RAMÓN.—X, ah! comprendo.

FONTANARES.—(Aparte.) ¡Qué borrico!

QUINOLA.—Lo demás es una bagatela. Un tubo recibe el agua que se transforma en nube por un procedimiento cualquiera. Esta nube quiere subir por fuerza, y tiene un poder inmenso.

RAMÓN.—¡Inmenso! ¿Y cómo?

QUINOLA.—Inmenso.. porque es natural. Ya sabéis que el hombre... fijaos bien en esto... no crea fuerzas.

RAMÓN.—Bien, ¿pero cómo...?

QUINOLA.—Las toma de la naturaleza. Inventar es tomar... Entonces por medio de algunos pistones; pues, en mecánica... ¿comprendéis?

RAMÓN.—Es cierto. Yo sé mecánica.

QUINOLA.—Pues bien, la manera de comunicar

esa fuerza es una pequeñez, nada, el hilito del asador.

RAMÓN.—Ah! ¿Hay un asador?

QUINOLA.—Hay dos, y la fuerza es tal que levantaría montañas haciéndolas saltar como carneros. El rey David lo predijo ya.

RAMÓN.—Tiene V. razón, caballero, las nubes son agua...

QUINOLA.—¿El agua? Es el mundo... Sin agua no se podría... es claro. Pues bien, ya véis en que se funda el invento de mi nieto. El agua domará el agua. O más O, esa es la fórmula.

RAMÓN.—(Para sí.) Emplea términos incomprensibles.

QUINOLA.—¿Comprendéis?

RAMÓN.—Perfectamente.

QUINOLA.—(Aparte.) Este hombre es un gran animal. (Alto.) Os he hablado en el lenguaje de los verdaderos sabios...

MAGIS.—(A Monipodio.) ¿Quién es este señor tan sabio?

MONIPODIO.—Un hombre incomparable con quien aprendo la balística, el director del arsenal de Venecia, que os pagará esta noche por cuenta de la República.

MAGIS.—Avisemos á la Brancador. Es de Venecia. (Sale.)

ESCENA XIV

Dichos, menos MATEO MAGIS;
LOTHUNDIAZ, MARIA.

MARIA.—¿Llegaré á tiempo?...

QUINOLA.—Bien va; aquí está nuestro tesoro. (Lothundiaz y don Ramón se saludan y miran las piezas de la máquina situadas en el fondo.)

FONTANARES.—¡María! ¡Tú aquí!

MARIA.—Traída por mi padre. Ah! amigo mío, al saber por vuestro criado la situación en que os encontrabáis...

FONTANARES.—(A Quinola.) ¡Tunante!

QUINOLA.—¡Mi nieto!

MARIA.—Oh! él pone fin á mis tormentos.

FONTANARES.—¿Y quién os atormentaba?

MARIA.—No podéis imaginaros las persecuciones que sufro desde que llegasteis; sobre todo, después de vuestra disputa con la Brancador. ¿Qué puedo hacer contra la autoridad paterna? Es muy grande. Permaneciendo en casa difícilmente os podría guardar, no mi corazón que os pertenece á despecho de todos, sino mi persona...

FONTANARES.—¡Un martirio más!

MARIA.—Retrasando el día de vuestro triunfo habéis hecho insoportable mi situación. Ay! al veros aquí adivino que hemos sufrido al mismo tiempo males inauditos. Para poder ser vuestra, voy á fingir que me consagro á Dios. Esta noche entro en un convento.

FONTANARES.—¡En un convento! Quieren separarnos. Torturas son estas que hacen aborrecer la vida ¡Y soy yo quien obliga á mi María, principio y flor de mi descubrimiento, mi estrella de salvación, á quedarse en el cielo! Oh! no puedo más (Llora).

MARIA.—Pero, al prometer que entraría en un convento, mi padre me ha concedido el derecho de venir aquí. Al despedirme, quería daros una esperanza. Aquí están los ahorros de vuestra hermana, todo cuanto guardaba para el día en que todos os abandonasen.

FONTANARES.—¿Y para qué necesito yo, sin vos, la gloria, la fortuna, y hasta la vida?

MARIA.—Aceptad lo que puede y debe ofrecer os la que ha de ser vuestra esposa. Si pensara en que sois desgraciado, me abandonaría la esperanza en mi retiro y moriría rogando por vos.

QUINOLA.—(A María) No le hagamos caso, y salvémosle apesar suyo ¡Silencio! Paso por su abuelo (María le da el monedero).

LOTHUNDIAZ.—(A D. Ramón) ¿De modo, que no os parece muy fuerte en estas materias?

RAMÓN.—¿Quien? ¡El! Pero si no es más que un simple artesano, un ignorante, que habrá seguramente robado el secreto en Italia.

LOTHUNDIAZ.—¡Ya lo decía yo! ¡Cuanta razón tenía de oponerme á esos amores y negarle la mano de mi hija!

RAMÓN.—La arruinaría. Ha devorado ya cinco mil zequies y debe tres mil más, sin resultado. Ah! habladme de su abuelo; ese sí que es un sabio de primer orden, y mucho tendría que trabajar para igualarle (Señala á Quinola).

LOTHUNDIAZ.—¡Su Abuelo!

QUINOLA.—Mucha verdad, caballero. Mi apellido se ha convertido en Venecia, en Fontanaresi.

LOTHUNDIAZ.—¿Sois Pablo Fontanares?

QUINOLA.—Pablo, el mismo

LOTHUNDIAZ.—¿Rico?

QUINOLA.—Riquísimo.

LOTHUNDIAZ.—Esa mano, caballero; me devolveréis entonces los dos mil zequies que os prestó mi padre.

QUINOLA.—Si me enseñais mi firma le haré el honor que le corresponde.

MARIA.—(Después de haber hablado con Fontanares) Aceptad para que triunféis. ¿No se trata de nuestra dicha?

FONTANARES.—¡Tener que arrastrar á esta perla al abismo en que me hundo! (*Quinola y Monipodio desaparecen*).

ESCENA XV.

Dichos, SARPI

SARPI.—(A Lothundiaz) ¡Vos aquí, y con vuestra hija!

LOTHUNDIAZ.—Se lo he prometido como premio á su obediencia.

SARPI.—Hay aquí demasiadas personas para que llegue á ofenderme vuestra condescendencia.

FONTANARES.—Ah! este es el que con más ardor me persigue. ¿Venís á poner de nuevo á prueba mi constancia?

SARPI.—Caballero, aquí represento al virey de Cataluña, y debéis respetarme. (A don Ramón) ¿Estais satisfecho de él?

RAMON.—Con ayuda de mis consejos, llegaremos

SARPI.—El virey espera mucho de vuestra sabiduría.

FONTANARES.—¿Es'oy soñando? ¿También un rival?

SARPI.—Un guía, caballero, para salvaros.

FONTANARES.—¿Y quien os ha dicho que yo necesito guías?

MARIA.—Ah! si pudiera hacer os triunfar...!

FONTANARES.—Hasta ella duda de mí!

MARIA.—¡Dicen que es tan sabio...!

LOTHUNDIAZ.—¡Vaya un presuntuoso! Cree saber más que todos los sabios del mundo.

SARPI.—Vengo para una cuestión que intere-

sa mucho al virey. Desde hace unos diez meses tenéis en vuestro poder un buque del Estado, y debéis dar cuenta de él.

FONTANARES.—El rey no ha fijado plazo á mis trabajos.

SARPI.—La administración de Cataluña tiene derecho á exigiros uno, y hemos recibido de los ministros una orden sobre este punto. (*Movimiento de sorpresa en Fontanares*) Oh! tomaos todo el tiempo necesario. No queremos contrariar á un hombre como vos, ni pensar que queréis eludir el castigo que pesa sobre vuestra cabeza, retrasando indefinidamente el día de la prueba.

MARIA.—¡Qué dolor!

FONTANARES.—Me juego la cabeza.

MARIA.—¡La muerte! Y rehusáis!

FONTANARES.—Dentro de tres meses, conde de Sarpi, y sin ayuda de nadie, quedará mi obra terminada. Entonces podréis contemplar uno de los espectáculos más grandiosos que hombre alguno haya dado á su siglo.

SARPI.—Aquí está el compromiso; firmadlo. (*Fontanares va á firmar*).

MARIA.—Adios, amigo mio Si sucumbís en esta lucha, creo que os amaré mucho más.

LOTHUNDIAZ.—Venid, hija mia, este hombre está loco.

RAMÓN.—Jóven, leed mis tratados.

SARPI.—Adios, futuro grande de España.

SSCENA XVI

FONTANARES, solo delante de la escena.

FONTANARES.—¡María á un convento! Tendré frio al sol. Quiero soportar un mundo y

no estoy seguro de ser un Atlas... No, no triunfaré, todo se vuelve contra mí. Obra mía, durante tres años meditada, y en la que he trabajado diez meses sin descanso, ¿surcarás algún día los mares? Ah! el sueño me rinde. (*Se tiende sobre la paja*).

ESCENA XVII

FONTANARES, dormido, QUINOLA y MONIPODIO, que vuelve por la puerta pequeña.

QUINOLA.—¡Diamantes, perlas y oro! Nos hemos salvado.

MONIPODIO.—La Brancador es de Venecia.

QUINOLA.—Pues es preciso que volvamos allá. Que venga el mesonero; voy á devolveros el crédito.

MONIPODIO.—Aquí está.

ESCENA XVIII

Dichos, el MESONERO del *Sol de Oro*

QUINOLA.—¡Como es eso, señor mesonero! ¿no habeis tenido confianza en la estrella de mi nieto?

MESONERO.—Un mesón, señor, no es una casa de banca.

QUINOLA.—Lo creo; pero, por caridad, no debías negarle el pan. La serenísima república de Venecia me enviaba para que me lo llevara conmigo; pero veo que ama demasiado á España. Me voy, pues, como he venido, secretamente. Sólo puedo disponer de este diamante. Dentro de un mes recibiréis letras. Entendeos con el criado de mi nieto para la venta de estas joyas.

MESONERO.—Monseñor, serán tratados como príncipes... ricos.

QUINOLA.—Dejadnos (*Sale el Mesonero*)

ESCENA XIX

Dichos, menos el MESONERO

QUINOLA.—Quitémonos este traje (*Mira á Fontanares*) ¡Duerme! Esa robusta naturaleza ha sucumbido al fin á tantas y tan violentas sacudidas. Sólo nosotros sabemos soportar el dolor. Le falta nuestra iudiferencia. ¿He hecho ó no bien pidiendo doble de lo que nos hacia falta? (*A Monipodio*) Aquí está el dibujo de la última pieza. Cógelo. (*Salen*).

ESCENA XX

FONTANARES dormido; FAUSTINA, MATEO MAGIS.

MAGIS.—¡Aquí está!

FAUSTINA.—¡A qué estado le he reducido! Por la profundidad de las heridas que yo misma me he hecho, conozco la profundidad de mi amor. Oh! cuanta dicha deberé darle después de haberle hecho sufrir tanto!

TELÓN